

Las narrativas, emociones y políticas sociales del populismo¹

Pablo Armando González Ulloa Aguirre*

Resumen

Este texto analiza la narrativa del populismo frente a la democracia, con el fin de comprender cuáles son sus dinámicas y la forma que utiliza las emociones políticas, así como el entramado institucional para legitimarse. Para lograr esto, se hace un análisis de la literatura sobre el tema, de la mano de ejemplos concretos sobre la manera en que el populismo construye su narrativa con base en la charlatanería y una polisemia de significados, que se apoya en actores que son simpatizantes y beneficiarios del régimen. El populismo alienta la creación de clientelas políticas a través del uso de los programas sociales. Todo esto tiene como consecuencia una erosión de la democracia, del pluralismo y de sus instituciones en pos de un proyecto con tendencias autoritarias representado por un líder carismático.

Palabras clave: Populismo, emociones políticas, instituciones, democracia, clientelismo, programas sociales.

Abstract

This text analyzes the narrative of populism in relation to democracy, aiming to understand its dynamics and how it uses political emotions and the institutional framework to legitimize itself. To achieve this, an analysis of the literature on the subject is made, along with concrete examples of how populism constructs its narrative based on bullshit and a polysemy of meanings, supported by actors who are sympathetic to and beneficiaries of the regime. Populism encourages the creation of political clienteles with the use of social programs. All of this results in an erosion of democracy, pluralism, and its institutions in pursuit of a project with authoritarian tendencies represented by a charismatic leader.

Keywords: Populism, political emotions, institutions, democracy, clientelism, social programs.

*Dr. en Ciencias Políticas y Sociales UNAM. Profesor de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. pgonzalezulloa@politicas.unam.mx

¹ Investigación realizada gracias al Programa UNAM-PAPIIT <IN304623>.

Introducción

Estamos en tiempos en los que el mundo se debate entre democracia y autoritarismo, los espectros políticos parecen pasar a segundo plano, las izquierdas y las derechas pueden llegar a ser igual de autoritarias, dependiendo la región, algunas lo son más que otras. Si bien la agenda de los derechos sociales y progresistas (como el aborto, eutanasia y demás) sigue vigente como un principio diferenciador entre los dos espectros políticos, también es un hecho que la izquierda ha perdido su eje articulador de derechos amplios retrayéndose en la representación de la agenda cultural y derechos identitarios, lo cual, en ciertos casos, ha abierto la puerta a la extrema derecha (Rovira-Kaltwasser, 2024). Ahora esa parece la disputa central, en el caso de Estados Unidos, por ejemplo, la derecha se apropia de la narrativa de los derechos de los trabajadores (Sandel, 2000).

A pesar de que el populismo pueda ser de izquierda o de derecha, los gobiernos siguen libretos muy similares, tal vez porque los extremos se encuentran. Para los populistas no hay adversarios, más bien son enemigos. La pluralidad es anulada ante una supuesta representación de la superioridad moral. Esto anula o limita (según el éxito del gobierno populista) los contrapesos y la posibilidad de crítica.

Los expertos en ciertos temas son etiquetados como parte de la tecnocracia neoliberal; el discurso es que fueron los únicos beneficiados por el sistema y ahora deben perder sus privilegios, ya que la sabiduría del pueblo ahora es la que guía el nuevo proyecto nacional. Esta sabiduría se representa en la figura del líder, quien es el único capacitado para interpretar las necesidades y deseos de la gente. De hecho, los derechos adquiridos durante el periodo neoliberal siempre pueden ser cuestionados, tales como programas sociales, seguros privados (aunque los funcionarios del nuevo régimen, no se atiendan en hospitales públicos), ahorros para el retiro y demás.

Una de las características del populismo es el mar de contradicciones, la supuesta superioridad moral vacuna al grupo político en el poder de caer en estas, ya que los dobles estándares o la moral

selectiva para juzgar cualquier hecho se convierte en la norma. Los anteriores lo hicieron de tal forma, nosotros lo hacemos igual, pero ahora es diferente. Si antes se estaba en contra de la militarización, ahora el ejército es el pueblo uniformado. Se defiende la soberanía de otros países cuando hay una alineación ideológica. No es lo mismo que un país amigo viole derechos humanos, a uno enemigo.

De igual forma, la toma de decisiones deja de lado principios de eficacia y eficiencia que, si bien y afortunadamente, no ha sido la norma única en el sector público, ahora se sustituye por principios ideológicos. Antes, ciertos principios tecnocráticos guiaban las decisiones, con las deficiencias que también podían tener, pero ahora la guía es el líder y su grupo, basado en la supuesta soberanía y demás narrativas, para justificar la discrecionalidad en la toma de decisiones.²

De igual manera, en círculos de los actores más diversos (academia, medios de comunicación, empresarial, sociedad civil, entre otros), no necesariamente de forma generalizada, se justifican las decisiones de los gobiernos populistas, independientemente de su vertiente autoritaria, poco transparente, ya sea por interés económico, ideológico, de pertenencia o de reconocimiento, o bien, por simple omisión y complicidad se vuelven parte del engranaje del sistema político. Para entender las consecuencias de esta complicidad, sólo falta voltear a ver los países en los que el populismo ha tenido "éxito".

En el mismo sentido, la polisemia actual en cuanto a los significados de la democracia, haciendo pasar los populismos como más democráticos, debido a que supuestamente se regresa el poder al pueblo, contribuye a este estado de confusión. Sería importante ser conscientes de que la mayoría de este tipo de regímenes son abiertamente o veladamente autoritarios y de ahí abrir el diálogo, con el objetivo de tener mayor claridad de la dirección que están tomando los diversos países y si realmente están resolviendo problemas que bajo los regímenes democráticos parecían no tener solución.

² El carácter y contenido de las políticas públicas se vuelven los componentes principales, en un ensayo de próxima aparición (Ortiz Leroux y González Ulloa, 2026), se discute más a fondo esta tensión.

Si bien la democracia liberal ha quedado mucho a deber, la respuesta del populismo ha demostrado no ser la salida más eficaz. Actualmente, defender a la democracia liberal se interpreta como una defensa del neoliberalismo o de la derecha, pero no hay nada más alejado, pues de lo que se trata es de tener una perspectiva crítica ante lo que la literatura ha llamado las promesas incumplidas de este régimen político (Bobbio, 1986). No se trata de una nostalgia idealizada de la democracia liberal, sino de comprender la manera en la que sus fundamentos han permitido construir sociedades más libres, inclusivas y, en algunos casos, más igualitarias.

Algo bueno del populismo es la forma pendular en que puede mover al sistema, el problema es que la reconstrucción puede ser muy costosa y el aprendizaje puede ser limitado; al final, no necesariamente hay un recambio de élites, sino un realineamiento al nuevo régimen y una desinstitucionalización bajo la dirección de un líder carismático. Esto trae como consecuencia que los controles se vuelvan más limitados y se intensifiquen o surjan fenómenos como el patrimonialismo, clientelismo y la corrupción.

Este texto se divide en cinco apartados y debata características generales del populismo, teniendo a México como referencia principal. En el primer apartado se hace una conceptualización general del populismo y se explica la definición que se utiliza para este texto. En el segundo se revisan el uso de las emociones políticas, así como el desarrollo de una narrativa para sustentar la idea de un proyecto. En el tercero se debate sobre el uso polisémico que hace este tipo regímenes sobre la democracia, con el fin de no asumirse como autoritarios. En el cuarto se aborda la desinstitucionalización como una característica central del populismo, en la medida en que da la posibilidad de tener un control discrecional del aparato público. En el quinto y último apartado, se reflexiona en torno al uso clientelar de los programas sociales.

Las características del populismo

El populismo inunda nuestras conversaciones cotidianas. En los últimos años, en la academia han aparecido miles de textos discutiendo el término. Han resurgido a debate textos de hace cincuenta años o más que nos remiten a contextos con líderes populistas que quedaron en los libros de

historia y que son admirados por algunos y odiados por otros. Asimismo, en las ciencias sociales, se ha discutido sobre si el populismo forma parte o no de la democracia, si puede servir para revitalizarla o si es un retroceso en la consolidación de los regímenes democráticos. De ahí se cuestiona también el significado mismo de la democracia, cayendo en polisemias que justifican regímenes populistas y/o autoritarios en la búsqueda de una supuesta representación más efectiva del pueblo.

En este texto se nombra a los populismos como regímenes con el fin de diferenciarlos de los regímenes democráticos. Si bien no todos los populismos implican un quiebre democrático (Weyland, 2024), sí hay una tendencia hacia el ejercicio del poder de forma autoritaria (Müller, 2016; Urbinati, 2019; Levitsky & Way, 2002). Los populismos van más allá del espectro ideológico de izquierda o de derecha, por ello es que se les considera una estrategia política (Weyland, 2017), esta idea se considera central en este artículo.

En el populismo la connotación del pueblo es central, no hay ciudadanos, hay un grupo que cree en un proyecto representado por un líder, quien tratará de resolver los problemas frente a un contrario/enemigo que se puede ir modificando si este se aliena con el proyecto o si una parte del pueblo deja de estar alineado con el mismo (Mudde & Rovira, 2017). Los populistas tienen el monopolio de la representación del pueblo. Lo importante es siempre tener latente la idea del enemigo frente a la cual el proyecto sigue avanzando.

Por ello, una de las características del populismo es su antipluralismo, ya que en la medida en que el pueblo es moralmente puro siempre hay un enemigo, no hay espacio para el reconocimiento del otro (Müller, 2016; Mudde, 2004). Estas características vuelven a los regímenes populistas moralmente superiores y les permiten ser representados por un líder único. De esta manera, los adversarios políticos son inmediatamente convertidos en enemigos, creando también una pedagogía política del otro como el impuro, ya sea por hechos imaginarios o parcialmente reales.

La narrativa populista

En el populismo es central crear una narrativa comunicacional pues lo que se pretende es consolidar una nueva identidad política, por ello, no

existe el populismo sin un aparato de propaganda sólido, acompañado de divulgadores del proyecto populista en diversos ámbitos. Sin embargo, aunque se logre una hegemonía comunicacional, los enemigos del proyecto en los medios de comunicación para el populismo siempre estarán vigentes, ya sea un grupo, un periodista o cualquier ciudadano que cuestione al régimen, pues ellos no son parte del pueblo.

Como estrategia comunicacional, la charlatanería se convierte en la norma de la descalificación, no la mentira. Quien miente no sólo se aparta de la verdad, sino que despliega un conjunto de acciones deliberadas para ocultarla y evitar que se haga visible. El charlatán tiene una total indiferencia por la verdad, ni siquiera se preocupa si sus palabras son verdaderas o falsas, sólo le importa el efecto retórico que producen sus palabras (Frankfurt, 2006).

En la medida en que el pueblo se acoja a la charlatanería del líder, no es relevante que esta se deleve, ya que no tiene el contrapunto de la verdad, por lo que es más fácil de evadir. Se vuelve irrelevante el nivel de su inverosimilitud o si existen otros datos (aunque obvio existan), se consideran cosas creadas con inteligencia artificial (ahora muy en boga), o que es una conspiración de algún grupo, parte del neoliberalismo, el fraude, la corrupción, o bien, la influencia de sucesos que pasaron hace muchos años, con lo que se reafirma un escenario de constante negación, la idea del adversario y creación de una retórica y narrativa basada en la charlatanería.

Así como la narrativa del contrario se modifica (los enemigos dejan de ser pueblo, de acuerdo con la conveniencia política del momento), el proyecto nunca es demasiado claro, más allá de la supuesta representación del pueblo. Se busca la reivindicación de los nacionalismos o se apela a la nostalgia de lo que nunca fue, siempre hay un pasado glorioso que defender. Así, los populismos generalmente miran al pasado más que al futuro (Rosanvallon, 2020). Es la nostalgia del pasado, este se idealiza, se vuelve un pasado moral y simbólico que se reinterpreta a través de la nueva retórica.

En este sentido, el populismo se opone a la modernidad equiparándola con el neoliberalismo. Mientras se rescate el pasado glorioso, pierde importancia si los proyectos nacionales son ineficientes y poco

rentables, se trata de beneficiar al pueblo, aunque sólo se beneficie a la nueva élite, que realmente es poco nueva, sino que una gran parte es la élite purificada por el líder. En el populismo el líder tiene la facultad del perdón y de la expulsión, los enemigos pueden ser perdonados y los que antes eran parte del proyecto pueden ser defenestrados.

La formación del Estado se cimentó en la creación de una narrativa de una historia común, en la que se engrandecían ciertas figuras históricas para aglutinar a la ciudadanía en torno a un proyecto común de nación; mientras que para el populismo la moralidad del pasado se usa más para diferenciar, es una reconstrucción selectiva de la historia para restaurar el pasado glorioso.

De esta manera, se apela al pueblo auténtico, donde algunas élites, de acuerdo con la selectividad histórica, eran puras, no se acepta una visión crítica a los grandes héroes a los que apelan. Como ya se señaló, las élites del pasado reciente a través del líder pueden ser purificadas y ser adaptadas al proyecto mientras se alinean a este, ya sean empresarios, integrantes de partidos, sindicatos, sociedad civil o demás. El mantra purificador lo tiene el líder y la corrupción reinante en el nuevo gobierno es producto de los adversarios (enemigos en la retórica populista), que aún siguen contaminado la pureza del pueblo moralmente superior.

El proyecto populista busca proteger al pueblo vulnerado por los enemigos que los han humillado durante muchos años. La corrupción se aglutina en esta nueva élite, pero en la medida en que estos regímenes evaden la transparencia, tienen menos contrapesos, son más verticales y cualquier cosa que se haga forma parte del proyecto, volviendo a la corrupción más sistémica que antes, aunque en la narrativa ya no exista.

Por lo tanto, los populismos pueden llegar al poder con una narrativa contraria a la corrupción, pero la nueva corrupción no los deslegitima como tal, ya que la pureza del proyecto es más fuerte que toda acusación de deshonestidad. Parece que, tanto a la nueva élite como al pueblo, no les molesta la corrupción como tal, sino la corrupción del viejo régimen.

Las emociones políticas en el populismo

El carisma del líder en todo este entramado es central, ya que simplifica la realidad y exalta las

emociones del pueblo (y como ya se señaló, crea una retórica basada en la charlatanería). El apelar al pasado implica la creación de una narrativa y de simbolismos que se vuelven cuasi religiosos ante los cuales las personas se puedan identificar (Moffitt, 2016). La simplificación de la realidad exalta también las emociones y contribuye a la polarización (Rosanvallon, 2020), al crear una relación dicotómica entre amigos y enemigos.

El populismo vuelve a las emociones un recurso permanente, pues exagera el resentimiento, ira, miedo, nostalgia y a la vez, da esperanza. De entrada, canaliza, encauza y personaliza el resentimiento hacia la construcción de un enemigo común, se vuelven agravios morales a un grupo los problemas políticos del pasado. Así, el pueblo se siente humillado, pero el líder lo puede salvar. La ira, por su parte, es el catalizador del agravio moral, permite movilizar y confrontar de forma permanente al pueblo lastimado en contra de los enemigos. Mientras que en todo momento se impulsa la sensación de un miedo permanente ante la posibilidad del regreso del viejo régimen, la amenaza al régimen siempre es permanente frente a una hegemonía inexistente, ya que ellos son la nueva hegemonía.

De igual manera, la nostalgia se vuelve la manera de vincular la vida privada con la pública, el anhelo del pasado glorioso y homogéneo. Y por último, siempre hay una luz que se mantiene encendida con la esperanza, donde no importan los fracasos, ya que la posibilidad de la salvación canalizada en la figura del líder es la constante (Arias & González Ulloa, 2025).

Lo anterior, a diferencia de los regímenes democráticos, los cuales atenúan e institucionalizan las emociones, con el fin de generar transiciones pacíficas y no exaltar odios y resentimientos. En la democracia se evita el conflicto y los cambios son graduales, la idea de la revolución marxista se institucionaliza y se vuelve un proceso reformista. Chantal Mouffe (1999) hablaba del retorno de lo político en este sentido.

El populismo y la "nueva democracia"

El populismo cuestiona el valor de la democracia liberal, ya que la vincula con un pasado en que el viejo régimen –enemigo del actual– dominaba. Por ello, el populismo delinea una democracia di-

recta o plebiscitaria, con lo que surgen "nuevos" ejercicios democráticos como la revocación del mandato, consultas cotidianas –aunque no estén en el marco de la ley– así como diversos ejercicios para legitimar decisiones ya tomadas, pero que sirven para exaltar las emociones del pueblo en una especie de campaña política permanente (González Ulloa, 2024).

De la misma manera, la comunicación constante a través de programas de radio, de televisión, conferencias de prensa, dan una sensación de cercanía y de una sobreexposición informativa del proyecto. Esto con el fin de tener una comunicación directa con el pueblo, sin intermediarios y con la intención de comunicar la verdad del régimen. Como se ha señalado, la democracia directa del populismo se personifica en el líder, sólo él representa y puede transmitir el sentimiento del pueblo.

Es fundamental enfatizar que ahora son sentires y emociones lo que evita la institucionalización, porque la representación no se puede dar a partir de procesos e instituciones, ya que esto intermedia la comunicación, quitándole la emocionalidad. Así pues, la informalidad se vuelve la nueva norma porque esta permite crear expectativas constantes y respuestas discrecionales.

Por lo tanto, la polisemia que la ciencia política intentó superar en los años setenta con la democracia mínima o procedimental vuelve a cuestionarse, restando su importancia para garantizar elecciones libres y transparentes. Tampoco es que los populismos nieguen o desaparezcan los procesos electorales (Arato & Cohen, 2021), lo que intentan hacer es desaparecer la incertidumbre sobre quién podría ganar las próximas elecciones limitando la competencia electoral y todo lo que conlleva una competencia equitativa. En ese sentido, se puede tener un proceso electoral sin nunca mostrar las actas de los resultados electorales, anulando a los adversarios, impidiéndoles competir y convirtiéndolos en enemigos, con casi nula oportunidad de ganar.

Para evitar la incertidumbre de los resultados, el control del árbitro electoral es por igual una pieza clave, aunque esto contravenga un largo camino de institucionalización democrática y estas mismas instituciones hayan posibilitado a los regímenes populistas llegar al poder. El control de la narrativa y la exaltación de las emociones

políticas suelen ser suficientes para descalificar cualquier avance a nivel institucional de la democracia procedimental. Lo interesante es que algunos de los actores políticos que están en el poder ahora, hace varias décadas sufrieron los mismos agravios en sistemas autoritarios.

El populismo, legalidad y burocracia

La normalización de la democracia trajo como consecuencia la pérdida de la estima ciudadana por esta. Esto hace referencia a que la ciudadana ve a la democracia como algo que deja de ser importante, si a través de esta no ve canalizadas sus demandas o si este modelo no las resuelve de manera inmediata. Al exaltar las emociones políticas, el populismo crea una narrativa de representación y de ampliación de derechos, aunque en la realidad implique un retroceso.

Si bien es cierto que la democracia ha dejado muchas promesas incumplidas, como lo escribió Bobbio (1986) hace algunos años, habría que preguntarse si el problema real no ha sido la democracia como tal, sino los diferentes ritmos que ha tomado la democracia con respecto a la cultura política de los diversos países y la consolidación a nivel institucional. El libro de Acemolu y Robinson (2012) es muy sugerente a este respecto.

Pero si en el discurso del populismo se representa a los más vulnerados ¿por qué hay una regresión a nivel institucional en los países en los que gobierna este régimen? El populismo implica la figura de un líder carismático que representa al pueblo, a través de un discurso emotivo o a través de un aparato narrativo de este tipo. Es central analizar la manera en que los aparatos de propaganda pueden prescindir de un líder destacadamente carismático, tal como en Venezuela con el recientemente depuesto Nicolás Maduro o en México con la actual presidenta Claudia Sheinbaum. Si bien el carisma no se hereda, la narrativa del régimen sí y esto puede asegurar transiciones populistas.

Pero regresando a la parte de la desinstitucionalización, en la medida en que el populismo implica la personalización del poder, las leyes y el entramado institucional se vuelven un estorbo para la toma de decisiones. Por ello, los regímenes populistas, en los países que lo permiten, gobiernan a través de decretos, impulsan iniciativas que son inconstitucionales y tienen una desconfianza

por la burocracia, ya que esta se encuentra limitada por procesos que se deben seguir. Hay que recordar la vieja máxima de que el servidor público sólo puede hacer lo que la ley le permite, a diferencia de los ciudadanos que pueden hacer todo lo que la ley no prohíbe.

Bajo este contexto, en el populismo los derechos se convierten en concesiones políticas (Rosanvallon, 2020), así como los programas sociales, los derechos se pueden suspender, pues el proyecto siempre es más importante. Por ello se genera la supuesta ampliación de los derechos, que para pasar por el camino institucional, efectivamente puede implicar controles, lentitud y a veces reticencia a los cambios, sin embargo, ha sido la forma más efectiva de limitar el poder y la discrecionalidad. La manera del populismo de impulsar su agenda es la creación de estructuras paralelas en la administración pública, evasión de procesos y controles, así como la eliminación o limitación del servicio civil de carrera.

Populismo y programas sociales

Los programas sociales fueron duramente cuestionados durante —lo que algunos llaman— la época neoliberal a finales de los años setenta. Este cuestionamiento no respondía a un solo espectro ideológico, sino que hubo una convergencia de crítica común al Estado de Bienestar o sus similares, debido a que limitaba la libertad de las personas (la crítica de izquierda) o volvía caro e ineficiente al Estado y dependientes los ciudadanos a este (la crítica de la derecha). Esto llevó a un debate sobre la universalización de los derechos en contra de la focalización con perspectiva neoliberal (Sen, 2000).

El debate sobre la universalización contra la focalización hasta la fecha sigue estando presente. El argumento desde el neoliberalismo era que los programas no se podían universalizar, debido a que los recursos del Estado eran limitados, mientras que las demandas eran infinitas. En los años setenta y debido a las crisis económicas, los Estados de Bienestar empezaron a limitar los programas sociales y se comenzó con un proceso de focalización de estos o incluso la desaparición de algunos.

La focalización desde la visión neoliberal permitía centrar los recursos limitados en población específica, con programas basados en evidencia sobre su eficiencia, esto también permitía ahorrar

recursos e impuestos cada vez más progresivos para sostenerlos (Ortiz Leroux, 2023). Aunque con la focalización se corría el riesgo de que a través de su misma eficiencia pudieran ser utilizados como un arma política con fines clientelares, al tomar a la población en situación de vulnerabilidad. Sin embargo, el mismo modelo apostaba porque este riesgo fuera mínimo, debido a que su diseño desde la tecnocracia evitaría su uso de forma clientelar.

Así pues, el agotamiento del Estado de Bienestar o su similar, implicó una reducción de ciertos derechos sociales y un proceso de privatización de ciertos servicios públicos. La idea era volver eficientes los pocos o muchos programas sociales y que estos quedaran en esquemas de corresponsabilidad ciudadana. Este nuevo diseño de focalización implicó que los programas llegaran a menos personas, pero que en algunos casos, fueran más eficientes.

El uso clientelar de los programas en ninguno de los dos esquemas ha dejado de estar presente, sobre todo en regiones y países con bajos niveles de institucionalización como América Latina. De hecho, esta región es un ejemplo de clientelismo en el mundo, con estudios centrales en la materia (Auyero, 2001). El populismo ha implicado un giro a la universalización de programas sociales, por lo menos a nivel narrativo, aunque esta "universalización" es selectiva, como en el caso de México.

La narrativa incluye desmontar los programas del neoliberalismo. La idea es focalizar los programas en transferencias en efectivo, sin contra-prestación de las personas beneficiarias. No obstante, el problema principal es el posible manejo discrecional del padrón y que estos programas no necesariamente buscan que las personas salgan de la pobreza, tal como ha sucedido en México en donde el impacto ha sido muy limitado.

En general nadie con cierta conciencia social estaría en contra de los programas sociales, pero pensar en la mayor efectividad de estos va más allá de una mirada tecnócrata o neoliberal, ya que implica una responsabilidad en el empleo de los recursos públicos para generar mejores resultados. En ese sentido, un programa social para apoyar a los jóvenes tiene lógica, ante las oportunidades limitadas en este grupo etario, pero si la idea final del programa es facilitar su incorporación en el mercado laboral y tiene una muy baja

tasa de efectividad, entonces lo que se tiene es sólo una transferencia temporal de recursos sin lograr el objetivo.

Si bien la universalización de los programas pueden tener ciertas ventajas, como regresar el sentido de dignidad y de justicia social a poblaciones que de otra forma serían estigmatizadas, de la misma forma se tiene que reconocer que la universalización se debería enfatizar como un derecho de las personas, más que un programa ligado al gobierno en turno.

En el caso de México, este universalismo selectivo estuvo marcado por la opacidad, desde la creación de una estructura paralela al gobierno con los llamados "servidores de la nación", que fueron los encargados de realizar los censos del bienestar y que centralizaban la entrega de todos los programas sociales sin que todos les correspondieran.

Un asunto tan simbólico ha sido el uso de chalecos del mismo color del partido en el poder, tanto así que a la gente le cuesta trabajo distinguir si estos servidores públicos vienen de parte del partido o del gobierno, ya que el primero también cuenta con una estructura de afiliación muy activa en las calles con chalecos del mismo color, sólo diferenciados por logos (Hernández, 2019; Aparicio & Segovia, 2023).

En varios textos se habla de estas parabu-rocracias y los efectos que tienen en la centralización del poder político, la personalización en el acceso a los programas sociales, así como la institucionalidad de la estructura administrativa (Helmke & Levitsky, 2006). Aunque puede implicar un aligeramiento de la carga administrativa, también trae consigo una falta de transparencia, posible discrecionalidad en el uso de los recursos públicos y el uso político de esta estructura administrativa.

De esta forma, la supuesta universalización de programas sociales se vuelve una universalidad selectiva en la que el uso político de los programas sociales, más que ser la excepción, se vuelve la norma. Con resultados poco claros, como en el caso de México cuando se desaparece el Consejo Nacional de Evaluación (Coneval) que era la institución encargada de evaluar el impacto de estos.

Bajo este contexto, los programas sociales, por lo menos en México, han tenido poco impacto en la

reducción de la pobreza desde 2018, entre un 25% y un 35%, pues lo que realmente ha contribuido a esta disminución es el aumento del salario mínimo (ingreso laboral real) y las remesas (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2024; Banco de México, 2025).

Incluso la pobreza extrema se redujo menos que en el sexenio de anterior (2012-2018), ya que los hogares con menos ingresos tuvieron menor cobertura de los programas sociales, probablemente debido a la deficiencia en el diseño de los censos realizados con los servidores de la nación y con metodologías deficientes, o bien, debido a que las poblaciones de difícil acceso requieren una mayor complejidad administrativa que estos procesos de desinstitucionalización no permiten cubrir. De ahí que haya una caída de cobertura entre los deciles más bajos (I y II), aproximada del 10% con respecto al sexenio anterior (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2020).

Conclusión

El presente texto no trata de rescatar un pasado glorioso de la democracia, pero sí de lo que se puede perder ante los regímenes populistas, de entrada, la alternancia política y una serie de derechos. En la medida en que el populismo se vuelve una estrategia de polarización política, el espacio público y la opinión pública es coloniza-

da por una postura ideológica, en torno a este tipo de régimen en el que no se debaten ideas, sino emociones políticas, lo cual vuelve imposible llegar a acuerdos. Así, los adversarios no forman parte del pueblo y se convierten en enemigos, lo que nulifica la pluralidad política.

A través de estas páginas lo que se busca es generar una perspectiva crítica ante los autoritarismos, con el fin de evitar confusiones conceptuales que pretendan esconder este tipo de proyectos y de la misma forma, si el populismo y el autoritarismo se consideran una alternativa viable a la democracia liberal, también abrir la discusión, pero basada en evidencia y definiciones claras.

Hay que tomar en cuenta que la defensa de este tipo de regímenes debe debatir de forma realista si la falta de pluralidad política, la desinstitucionalización, el uso discrecional del poder, la exaltación de las emociones políticas, el manejo arbitrario de los programas sociales, es sostenible a mediano plazo, o bien, si garantiza una mejor defensa de los derechos humanos y del bien común.

Por último, en caso de pensar que la democracia liberal puede ser importante para defender lo anterior, se debe reflexionar en la manera en la que puede mejorar la representación de los diversos grupos sociales y con ello, generar una nueva cultura política en la ciudadanía.

Referencias

- Acemolu, D., & Robinson, J. A. (2012). *Cómo fracasan los países: Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Deusto.
- Aparicio, J., & Segovia, S. (2023). Parabureaucracy: The case of Mexico's "Servants of the Nation". *Governance*, 36(4), 1037–1056. <https://doi.org/10.1111/gove.12807>
- Arias, P., y González Ulloa, P. A. (18 de septiembre de 2025). Política de la emoción y populismo [Episodio de podcast]. En *El estudio del populismo*. Proyecto PAPIME 3008525. Spotify. <https://open.spotify.com/episode/4P9uen6H4byE2CCEl6q1sh?si=4341d70bc1f241f8>
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres: Las prácticas clientelistas del peronismo*. Manantial.
- Banco de México. (2025). *Reducción de la pobreza extrema por ingresos, 2018–2024* (Recuadro analítico). Banco de México.
- Bobbio, N. (1986). *El futuro de la democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Arato, A., & Cohen, J. L. (2021). *Populism and civil society: The challenge to constitutional democracy*. Oxford University Press.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social. (2020). *Evaluación integral de la política social vinculada al desarrollo social*. CONEVAL.

- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social. (2024). *Informe de evaluación de la política de desarrollo social 2024*. CONEVAL.
- Frankfurt, H. G. (2006). *Sobre la manipulación de la verdad* (M. Candel, Trad.). Paidós.
- González Ulloa, P. A. (2024). *El gobierno federal ante los mecanismos de participación ciudadana en México (2018–2024)*. Universidad Nacional Autónoma de México/Gedisa.
- Helmke, G., & Levitsky, S. (2006). *Informal institutions and democracy. Lessons from Latin America*. Johns Hopkins University Press.
- Hernández, R. (2019). *Servidores de la Nación: La operación política del gobierno de la 4T*. Editorial independiente.
- Levitsky, S., & Way, L. A. (2002). The rise of competitive authoritarianism. *Journal of Democracy*, 13(2), 51–65. <https://doi.org/10.1353/jod.2002.0026>
- Moffitt, B. (2016). *The global rise of populism: Performance, political style, and representation*. Stanford University Press.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político: Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Paidós.
- Mudde, C. (2004). The populist zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), 541–563. <https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>
- Mudde, C., & Rovira-Kaltwasser, C. (2017). *Populism: A very short introduction*. Oxford University Press.
- Müller, J. W. (2016). *What is populism?* University of Pennsylvania Press.
- Ortiz Leroux, S. (2023). *Democracia y capitalismo: entre la socialdemocracia y el neoliberalismo*. Gedisa/ Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Ortiz Leroux, S. y González Ulloa, P.A. (2026). *La dimensión política del análisis de las políticas públicas: contribuciones y límites*. En proceso de publicación.
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*. Manantial.
- Rovira-Kaltwasser, C. (2024). La ultraderecha en América Latina: Particularidades locales y conexiones globales. *Nueva Sociedad*, (312). Recuperado de <https://nuso.org/articulo/312-la-ultraderecha-en-america-latina/>
- Sandel, M. J. (2020). *The tyranny of merit: What's become of the common good?* Farrar, Straus and Giroux.
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Planeta.
- Urbinati, N. (2019). *Me the people: How populism transforms democracy*. Harvard University Press.
- Weyland, K. (2017). Populism: A political-strategic approach. En C. Rovira Kaltwasser et al. (Eds.), *The Oxford handbook of populism* (pp. 48–72). Oxford University Press.
- Weyland, K. (2024). *Democracy's resilience to populism's threat: Countering global alarmism*. Cambridge University Press.